



Diferencia y libertad

El teórico del totalitarismo nazi Carl Schmitt definía la política como la lucha del amigo contra el enemigo. El otro, el diferente, sólo podía ser enemigo. Entre los propios era necesario que reinase la uniformidad, la unanimidad y la homogeneidad que consagraban las concentraciones de masas organizadas por el nazismo. Una de las características de las sociedades humanas es el miedo a la diferencia. Y, sin embargo, el progreso de la humanidad es el proceso de aceptación de las diferencias. De la sociedad tribal al Estado-nación hay un gran salto en el camino de la aceptación del otro. Y el próximo gran cambio lo tenemos ante nuestros ojos: el paso del Estado-nación como marco de articulación política a un proceso de universalización en el que la ciudad, lugar propio de la diferencia, está destinada a desempeñar un papel importante. Que por el camino reaparezcan cíclicamente los discursos étnicos, los predicamentos racistas, las fantasías retrógradas de una Europa blanca y cerrada, no rompe la evolución general de la historia. El poder político busca la homogeneidad porque es más fácil de gobernar, ya que es la diferencia la que favorece el proceso de selección adaptativa en el que la cultura ha demostrado mucha más eficacia que la naturaleza.

De hecho, la posibilidad de aceptación de la diferencia va muy ligada al nacimiento del pensamiento y de la filosofía. Es en las ciudades griegas, donde el *logos* se introduce como un bisturí que rompe la insensible armonía del mundo mítico, donde comienza a ser pensable la diferencia. Desde entonces, ampliar las vías por las que introducir la diferencia en el interior de la monotonía uniformadora de las religiones, las ideologías y los órdenes sociales orgánicos, ha sido la lucha por la libertad. Igualdad en los derechos y radicalidad en las diferencias: éste es el sueño de la sociedad libre en contraste con la sociedad totalizadora fascista, que predica la negación (en el primer caso) o la desigualdad de los derechos (en el segundo) y hace del *diferente* un excluido, un enemigo.

La metáfora del piano que Wagensberg utiliza en la exposición lo dice todo. La sociedad cerrada que algunos sueñan es tan absurda como un piano en el que todas las teclas tuviesen la misma nota. La música sólo surge donde hay diversidad. A pesar de todo, continúa siendo difícil que los políticos lo entiendan (el ideal de los partidos es, cada vez más, los pianos de una sola nota), que las doctrinas lo acepten –porque las religiones y las ideologías no escapan a la lógica del fiel y del infiel– y que sectores sociales atemorizados por los cambios que experimenta el mundo no se dejen arrastrar por la paranoia que no sabe ver en el otro más que un enemigo.

La ciudad nació, de la mano del *logos*, como un lugar de diferenciación y autonomía, como un espacio que escapa a las rígidas leyes del orden rural, siempre atrapado entre lo natural y lo sagrado. Desde Sodoma y Gomorra el poder (con Dios a la cabeza) ha tratado cíclicamente de destruir las ciudades. Destruyendo la ciudad lo que se pretende es destruir la libertad y la memoria. Los dos factores de la diferencia como fundamento de la comunidad, que es exactamente lo contrario de lo que quieren quienes pretenden fundar la comunidad sobre la homogeneidad y convertir el diferente en enemigo.